



# FAMIPED

**Familias, Pediatras y Adolescentes en la Red. Mejores padres, mejores hijos.**

## El botellón: la perspectiva de los jóvenes

**Autor/es:** Miguel Ángel Viruete. Estudiante de comunicación audiovisual.

[Volumen 4. Nº 3. Septiembre 2011](#) <sup>[1]</sup>

Son las 10 de la noche y los bancos del parque están, como siempre, ocupados. Poco importa ahora el lugar, pues se procede del mismo modo en casi todo el territorio nacional. Cada uno de ellos es un micro espacio para sus inquilinos; cada uno es una pequeña parte del gran botellón que supone la suma de las partes. El ruido es moderado, y no sorprende para las 50 personas que charlan, discuten, ríen, comentan. La cosa irá a peor según (dicen) se acerque la hora del desalojo. Pero para eso falta mucho tiempo. La fiesta acaba de empezar, pero la noche, por supuesto, comienza mucho antes.

Unas pocas horas antes, en las puertas de los supermercados, podemos ver cómo los jóvenes se reúnen en pequeños grupos; cada uno, con los suyos. Cuando ya están todos, es la hora de un viaje rutinario al interior de la superficie. Vasos de tubo, hielos, refrescos. Ahora hay lugar para muchas decisiones: marcas de Whisky, de Vodka, de Ron. Estas opciones, en realidad, ya han sido tomadas. Fueron tomadas hace ya mucho tiempo, y la fidelidad y lo conocido es más que necesario en un botellón. De eso se trata. Es parte de una rutina que afecta a miles de jóvenes a nivel nacional (y claro, fuera de él).

De vuelta en el parque, comienza un ritual que es mucho más antiguo que aquellos que lo practican. Con los amigos y la bebida, unos dejan de ser quienes son por estudios, por trabajo, por el paro. Los hielos se derriten y las botellas se vacían mientras las manecillas marcan dos o tres horas más tarde. Entonces, y no antes, con el suficiente alcohol en la sangre como para no necesitar más a 5 euros, se mueve el escenario a los locales de ocio nocturno. El eufemismo no podría tener peores connotaciones sociales.

-Bebemos en la calle porque no podemos permitirnos, dada nuestra situación, pagar los 5, 6 y hasta 10 euros que nos piden, por copa, en los bares. Es vergonzoso, pero así está establecido.

-Aquí nos encontramos con los amigos. Lo importante es estar con ellos. Las copas, es cierto, ayudarán más tarde para ligar.

Preguntamos también por otra forma de ocio nocturno, alguna que no esté relacionada con la ingesta de alcohol:

- No se dan alternativas, pero tampoco queremos alternativas. Estamos con los amigos y luego podemos conocer más gente. No creo que haya alternativas y, si las hay, ni las conozco ni me interesan. Además, tampoco nos emborrachamos todos los fines de semana. Siempre hay alguno, claro, pero no es lo habitual.

Si el tiempo no acompaña, se pueden hacer excepciones: Siempre hay algún amigo que puede dar una fiesta; siempre hay una casa libre por si llueve o el frío es insoportable.

A la 1 de la madrugada, el éxodo suele haber concluido. Pero ahora es verano y el tiempo invita a quedarse. El goteo de gente es incesante y todos parecen ir y venir. El lugar suele acabar tomado por la basura. Bolsas y botellas, sí, pero también olor a orín y cristales rotos.

En los bares de destino, el problema no ha acabado; se sigue con la ingesta de alcohol, y se haría desde el comienzo si los precios fuesen más asequibles. Se bebe por hacerlo, y se hace mucho. Pero tras cuatro paredes parece que el problema se replantea. Se empequeñece. Se ignora. A los vecinos les preocupa la basura dejada atrás.

Hartos, deciden tomar medidas en el asunto. Cansados del enorme ruido que dificulta su sueño y de más y más de la misma basura, el parque será vallado y se cerrará los fines de semana.

Los agentes se apuntan una medalla; vigilarán, también, que la ley se cumpla en el lugar. Por lo menos por unas semanas. Ahora sí que se puede dormir, y se da así por zanjado el problema. Muerto el perro se acabó la rabia. Hasta la próxima infección.

Esta no tarda en llegar más que lo que se demora el fin de semana, el siguiente viernes y sábado. Pero ahora el problema es de otros vecinos. El éxodo ha sido mayoritario a los lugares de botellón colindantes. Que son muchos. Ahora, la basura se acumula en otra zona. Ahora, el ruido molesta a otros. Ya se puede dormir. Misión cumplida.

Los siguientes días, los medios se hacen eco del asunto. Son portada de los periódicos gratuitos los macrobotellones convocados por redes sociales. En las noticias de la sobremesa se nos habla primero del hábito de consumo. Porcentajes, cifras. Comas etílicos e imágenes de ambulancias atendiendo a los más afectados. Nos sonrojamos. Y esos son estudiantes. ¿Tú no harás eso? Yo controlo.

Fuera de las primera páginas y de los telediarios, el discurso social parece ser otro: CarpeDiem, joven, que lo que tienes se pasará pronto. Vive rápido. En los anuncios de bebidas alcohólicas, la gente siempre se lo pasa muy bien. Debe ser cosa de la bebida, que es un entretenimiento para adultos. Esto tampoco se puede permitir, y, de nuevo, la ley actúa: No se pueden emitir anuncios de bebidas alcohólicas de más de 20°. Hecha la ley, las empresas afectadas anuncian ahora sólo nuevos productos por debajo de la graduación delictiva. Total, anunciamos la marca. Lo mismo ocurre en algunas redes sociales. Como algunas son para adolescentes, esto no se puede permitir. Y no se permite.

No parece tener mucho efecto.

Desde hace unos años, según informa la policía, los botellones van en aumento. Las grandes zonas dan paso a otras más pequeñas y menos concentradas. No hay distinción por sexos. Tampoco hay mucha distinción por edades. Las más frecuente son entre los 16 a los 25 años, pero sin mucho esfuerzo se encuentran botellones de personas que pasan los 30 y los 40. La crisis, pensarán muchos, que está todo muy mal. Sin embargo, según algunos estudios, las dificultades de la economía actual no son factores determinantes en el auge del botellón.

La noche va terminando y los jóvenes y los que no lo son van acabando la fiesta y vuelven a sus casas. Aumentan, a esas horas de madrugada, las denuncias de vandalismo. Uno de los chavales con los que hablábamos nos decía: “Es falso que nos emborrachemos siempre que hacemos botellón. Rara es la semana que tenemos que acompañar a alguien a su casa.”

En cualquier caso, el problema de la gente en su casa se queda en su casa. La semana que viene tampoco parece que la cosa vaya a cambiar. La receta sigue funcionando. Tampoco hay nada mejor. ¿A quién le importa? Ya se puede dormir.